

LUIS PÁSARA

LA **ILUSIÓN** DE UN **PAÍS DISTINTO**

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José **ALVARADO** JESÚS Diana **ÁVILA**

Capítulo 20

Alberto **DE BELAUNDE** Salvador **DEL SOLAR** Fernando **EGUREN** Alberto **GONZALES** Álvaro **HENZLER** Max **HERNÁNDEZ** Indira **HUILCA** Natalia **IGUIÑIZ** Jimena **LEDGARD** Vania **MASÍAS** Farid **MATUK** Jaime **MONTOYA** **UGARTE** Abelardo **OQUENDO** Cecilia **OVIEDO** Tania **PARIONA** Fernando **ROSPIGLIOSI** Gerardo **SARAVIA** Cecilia **TOVAR** **SAMANEZ** Paloma **VALDEAVELLANO** Victoria **VILLANUEVA** Joseph **ZÁRATE**

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

MIRADA AL PASADO

Se pretendió que las dieciocho personas escogidas para esta primera parte del volumen representaran a «la generación de la utopía». El grupo abarca algo más de veinte años, desde Julia Cuadros y Farid Matuk hasta Héctor Béjar, Max Hernández, Victoria Villanueva y Abelardo Oquendo, en su octava década al ser entrevistados. Y no obstante que tres de los participantes nunca militaron en un partido —José Alvarado, Max Hernández, Inés Claux—, puede decirse que todos otorgaron máxima importancia a la política y lo hicieron porque imaginaron que el gran cambio del país debía provenir del Estado.

¿Qué dicen sus testimonios? Como siempre, las respuestas que se den dependen de aquello a lo que prestemos atención y, a su vez, esto guarda relación con nuestras propias experiencias o los intereses que tengamos. Para quienes fuimos parte de esa generación de la utopía, mucho del contenido de estas historias personales y políticas nos toca de cerca. Pero ver en otros ciertos asuntos claramente definidos tal vez nos lleve a admitir que no habíamos reparado suficientemente en ellos.

En lo que sigue se pondrá atención, primero, a las raíces que los participantes señalaron para sus ideas de cambio, entre las cuales aparecen personas, lugares, experiencias y lecturas. En segundo lugar, se examinará los elementos de contexto que parecen hacer posible o facilitar el desarrollo de esas ideas; la revolución en Cuba y el gobierno militar de Velasco en el Perú aparecen en lugar destacado. A continuación se pasa revista a la experiencia militante, a la que la mayoría de los entrevistados llegó como resultado del descubrimiento de la política como la esfera principal para buscar el cambio. El examen se detiene, específicamente, en la consideración de la lucha armada, asunto que en todas las agendas encontró lugar en algún momento. Finalmente, se recogen los elementos encontrados para formular un balance de resultados.

EL PADRE, AQUEL MAESTRO, ESE LIBRO

En cuanto a la gestación de la idea de cambiar el mundo y la formación de la actitud para hacerlo, la familia, los maestros y ciertas experiencias vitales son los factores de incidencia más mencionados por los entrevistados; en pocos casos, las lecturas reclaman un papel central.

El ambiente familiar pesó de manera significativa en los casos de Cecilia Tovar, Pedro Brito, Julia Cuadros y Cecilia Oviedo; en particular, el padre ocupó un lugar importante en las historias personales de Héctor Béjar, Victoria Villanueva, Max Hernández, Diana Ávila y Farid Matuk. Un padre aprista o uno comunista, el abuelo que introdujo al nieto en la lectura de sus libros o la abuela que detuvo la probable represión materna de los primeros indicios de rebeldía pueden haber descubierto un horizonte abierto al descontento respecto al orden social existente o haber señalado una perspectiva de cambio. Para Victoria Villanueva, su padre, pese a la ausencia del hogar, «tenía una presencia total, en la casa y en mi vida». Baltasar Caravedo cree ver en sus ascendientes un legado de vocación pública.

Farid Matuk, Cecilia Oviedo, Alberto Gonzales, Max Hernández y Pedro Brito se refieren específicamente a algún maestro que en el colegio abrió para ellos un campo de intereses al que quizá no hubieran accedido sin esa guía. En tres de los casos se trataba de un maestro católico y en dos de ellos ocurrió en el mismo colegio, en diferente época; Hernández ve en un profesor a alguien que «me marcó mucho, mucho, pero mucho»; Matuk reconoce en otro «la figura que me marcó en la educación preuniversitaria». En el recuento de Jaime Montoya, los maestros jesuitas de su colegio —como, más tarde, Luis Jaime Cisneros en la universidad— le enseñaron que debía algo al país que le reconocía una condición privilegiada.

La rebeldía juvenil solo aparece claramente en Victoria Villanueva, hasta cierto punto en Paloma Valdeavellano y en Cecilia Oviedo; algo en sordina, en Inés Claux. En cambio, la presencia de lo católico como factor generador o confluente en la utopía aparece con una gravitación de cierta significación, según precisan los testimonios de José Alvarado, Paloma Valdeavellano y Cecilia Tovar, además del de Cecilia Oviedo, que explícitamente reconoce en el catolicismo una de sus dos raíces. En los cuatro casos se trata de vínculos adscritos al sector de la Iglesia usualmente llamado «progresista» o, en ocasiones, «radical». Como factor interviniente, la Teología de la liberación merece menciones de estos y otros entrevistados.

Fernando Eguren reconoce como un importante acontecimiento sensibilizador en su vida la participación en una Semana Social, patrocinada por el episcopado arequipeño, en la que visualiza el país «como una realidad problema». Victoria Villanueva,

que no da cuenta de ninguna influencia religiosa, señala que en el estilo de militancia de izquierda había presente un estilo ascético de estirpe religiosa.

Las lecturas solo aparecen con peso decisivo en los relatos de Oquendo, Rospigliosi y Tovar; en los demás, los libros refuerzan y sostienen un compromiso con el cambio que ha sido adquirido previamente. En cambio, las experiencias vitales aparecen señaladas con relevancia por diversos participantes. Pedro Brito dice haber recibido su «primera lección sobre las clases sociales» al vivir las relaciones entre los pobladores de la hacienda donde trabajaban su padre y su abuelo. Alberto Gonzales percibió por primera vez los conflictos por la tierra en el colegio huancaíno donde estudió. Diana Ávila descubrió un mundo distinto al suyo como catequista de niños pobres. Inés Claux, que había vivido en casa una cercanía cariñosa con las empleadas serranas —que «cuando chica me cantaban huaynitos y me hablaban de la sierra»—, desarrolló crecientemente su compromiso con los más necesitados en las barriadas limeñas. Cecilia Oviedo se inició también en las barriadas para pasar luego a los sindicatos obreros y Paloma Valdeavellano fue impactada por la cercanía a los Traperos de Emaús.

A partir de los condicionamientos dados por el medio familiar y el colegio, el ámbito donde se encuentran las opciones conducentes a la utopía es la universidad. Casi todos los testimonios señalan el ingreso a la universidad y los primeros años en ella como el umbral del descubrimiento de sus posibilidades de compromiso. Abelardo Oquendo lo resume claramente: «la idea de lo político, de lo que significaba ingresar a ello, aparece en la universidad». Max Hernández, Cecilia Tovar, Fernando Rospigliosi, Julia Cuadros, Pedro Brito, Alberto Gonzales, Diana Ávila, Paloma Valdeavellano y Fernando Eguren también detallan la significación que la fase universitaria tuvo para ellos, incluyéndose en varios casos —Rospigliosi, Brito, Gonzales, Cuadros— la adopción de una militancia. Alvarado vivió ese momento de descubrimiento en una universidad argentina que, paradójicamente, estaba en huelga. Igual que él, Eguren vino a sumar el paso por universidades europeas a su experiencia latinoamericana.

La universidad es el lugar preferente para informarse acerca de ese mundo exterior al propio y desarrollar cierto nivel de compromiso con él. Muchos de los entrevistados hicieron sus estudios universitarios en la década de los años sesenta. Como se señaló antes, esa fue una década llena de acontecimientos importantes, de los cuales los testimonios recogidos ponen el acento en dos. Uno es la revolución cubana y el otro es el gobierno revolucionario de Velasco Alvarado.

CUANDO LA REVOLUCIÓN PARECIÓ POSIBLE

Tres de los participantes —Jaime Montoya, Fernando Rospigliosi y Fernando Eguren— apelan a aquel justificativo que se ha denominado «imposibilidad de otra conducta». Para ellos, confluyeron las características del país y la conciencia de ocupar un lugar que por ser de privilegio otorga responsabilidad: «uno no podía quedar impasible», se explica uno de ellos; «se necesitaba ser muy insensible» para no pensar en los cambios, añade otro. Pero, claro, las respuestas que cada quien dio en su momento no hubieran sido posibles sin cierto clima o ambiente.

La revolución cubana alcanzó un impacto en varias direcciones. Primero, demostró que un movimiento contestatario podía derrotar militarmente a una dictadura. Segundo, dio pasos decididos hacia objetivos sociales que pronto fueron vestidos con el marxismo-leninismo. Tercero, se planteó como un bastión de lucha contra el imperialismo estadounidense. Con todo ello, el caso cubano puso en la agenda la revolución social en América Latina y la lucha armada como vía para conseguirla. En efecto, fue una «revolución en la revolución», como resumió el título del libro de Régis Debray. Además, proveyó a la imaginación y los sentimientos de más de una generación de la figura del Che Guevara, que se convirtió en un símbolo enorme y duradero del idealismo y el desprendimiento personal. Muchos de los entrevistados para esta parte del libro mencionan a Cuba como un hecho de importancia en sus vidas —Claux y Montoya aún recuerdan el célebre y amable reportaje a Fidel Castro publicado en *Life*— y al Che como una figura de referencia. Tres de ellos —Béjar, Ávila y Brito— vivieron un tiempo en Cuba, y para dos de los tres la estada tenía como objetivo preparar acciones militares en el Perú.

Los revolucionarios ingresaron en triunfo a La Habana en 1959. Cinco años después, la presencia estadounidense en Vietnam pasó de «asesoría» a una intervención militar en pleno. Esta guerra es mencionada por algunos entrevistados como Matuk y Rospigliosi. Eguren precisa: «algunos sentíamos ese drama» y Valdeavellano declara: «Me nació un antiimperialismo fuerte por esa agresión que estaba sufriendo Vietnam». El impacto mediático de la intervención estadounidense y la defensa del pueblo vietnamita parece haber tenido dos efectos claros. De una parte, alimentó el antiimperialismo en la generación de la utopía; de otra, confirmó la tesis de que la revolución —incluso si tenía que pasar por la derrota militar de la primera potencia mundial— era posible.

La revolución militar iniciada en octubre de 1968 por el general Juan Velasco Alvarado constituye un factor ambiental de importancia. Aunque esto es señalado así solo por Alvarado, Montoya y Béjar, Ávila y Valdeavellano, reconocen la gravitación personal que en ellas tuvieron las medidas de reforma radical que el gobierno

dispuso. Alberto Gonzales interpreta que en Vanguardia Revolucionaria, partido que al nacer había puesto el tema de la lucha armada en la agenda de corto plazo, la revolución militar postergó indefinidamente su consideración. Lo que los testimonios revelan es que, durante el gobierno militar de Velasco, no se podía plantear el cambio radical del país sin tomar en cuenta la transformación que estaba en marcha porque con las reformas del régimen militar «el panorama comienza a cambiar», según reconoce Cecilia Oviedo.

Puede sostenerse que, pese a las distancias que la mayor parte de los grupos de izquierda guardaron respecto de la revolución militar, la atmósfera antiterrateniente y antiimperialista creada por esta fue propicia para la expansión de las prédicas radicales, incluso de aquellas que denunciaban al gobierno. Sin embargo, desde el punto de vista del desarrollo de los planteamientos utópicos, esa misma atmósfera probablemente resultó desorientadora en el largo plazo: creó un clima artificial en el que, opacada la derecha realmente existente a la mirada de los militantes de utopías, vinieron a polarizarse las opciones entre las reformas militares y sus contestaciones desde anhelos no realizables. Fue un clima en el que la verdadera correlación de las fuerzas sociales resultó falsificada. Las fuerzas contrarias al cambio no habían sido derrotadas sino parcial y temporalmente; optaron por un repliegue del que volvieron luego con vigor renovado para imponer una vuelta atrás en la que las reformas militares fueron desmanteladas y los defensores de la utopía se encontraron con la verdadera dimensión de sus posibilidades, aunque tardaran mucho en reconocerla.

¿Qué había sido la revolución para esos defensores de propuestas de un cambio radical en el país? Un primer tipo de respuestas encontradas son genéricas y señalan desde la justicia y la liquidación de la desigualdad hasta mejores condiciones de vida para los más, al decir de Pedro Brito. Sin embargo, otros participantes van algo más allá. Para Paloma Valdeavellano, la revolución debía construir una sociedad en la que cada quien pudiera desarrollar sus talentos y, de esa manera, alcanzar la realización personal en el marco de «relaciones humanas nuevas, solidarias, fraternas». Esto último es subrayado por Inés Claux y por Baltazar Caravedo: se trataba de cambiar relaciones humanas, lo que probablemente es algo equivalente al «hombre nuevo» que esperaban Victoria Villanueva y Paloma Valdeavellano o al «ser humano distinto» que perseguían Cecilia Oviedo y Cecilia Tovar, que añade: «Necesitabas cambiar la conciencia de la gente, que asumiera otro tipo de actitud frente a la vida, frente a la sociedad». En este tipo de ambición asoma, en rigor, la utopía, como la construcción de una persona distinta mediante la revolución social. Moro hubiera rubricado la propuesta con entusiasmo.

SER UN MILITANTE

Con una definición u otra de la revolución, los miembros de la generación de la utopía descubrieron —la mayoría más temprano que tarde— que cambiar el país requería de la acción política. Descartaron tanto la mera acción individual como los entonces desprestigiados esfuerzos «asistenciales» que buscaban mitigar los efectos de las desigualdades y a menudo eran denunciados como formas de complicidad con los mecanismos estructurales de explotación y marginación. La acción política llevó a todos —salvo José Alvarado, Max Hernández e Inés Claux— a la construcción partidaria, capítulo en el cual se han detenido muchos de los testimonios.

Entre los militantes, el grupo incluye desde aquellos que lo fueron a tiempo completo —Matuk, Gonzales, Ávila y Béjar— hasta quienes optaron por su propia forma de entender la militancia, desde y en el ejercicio profesional, como Brito y Eguren; o más cercana al trabajo intelectual y de influencia en altos niveles de decisión, como Caravedo. Para algunos, el trabajo partidario fue básicamente «logístico» o «*back-office*», como dice Farid Matuk, esto es, preparar publicaciones, trasladar militantes, apoyos varios; Cuadros y Villanueva también dedicaron tiempo de su militancia a esas labores. Algunos otros, como Alberto Gonzales, Paloma Valdeavellano, Fernando Rospigliosi, Diana Ávila o Cecilia Oviedo, aceptaron trabajar con las bases en las cuales tenían como responsabilidad «captar» nuevos militantes. También hubo quienes tuvieron responsabilidades dirigentes, Béjar y Montoya entre ellos.

En todos los entrevistados con militancia partidaria, esta duró años; en ciertos casos —como el de Julia Cuadros— esa militancia pasó por varios grupos, como consecuencia de las sucesivas divisiones de los grupos políticos de izquierda. La militancia en un partido de vocación utópica significaba el abandono de todo lo demás: «renuncia» es la palabra utilizada por varios entrevistados. Renuncia a la vida familiar, rememora Victoria Villanueva; a una vida personal, admite Cecilia Oviedo; a responsabilidades laborales, se lamenta Jaime Montoya; a la vocación artística, se queja Paloma Valdeavellano; incluso a considerar la situación y las dificultades personales, denuncia Alberto Gonzales. Reafirma Valdeavellano: «se descuidaba la vida personal». En nombre del horizonte revolucionario, el sujeto quedaba absorbido, cuando no sometido y postergado. Lo importante era la lucha de los pueblos y el gran objetivo de la transformación, frente a los cuales las preocupaciones y opciones personales debían quedar arrinconadas, en el olvido.

La experiencia de la militancia generalmente desembocó en el desencanto, aunque las razones y los grados difieran según los casos. Hubo quienes, como Cecilia Oviedo, siempre vieron con preocupación la apropiación de bases sociales organizadas —«una de las deformaciones y perversiones que en algún momento existieron»—

que los partidos de izquierda intentaban en abierta competencia. Algunos descubrieron que en los partidos que reclamaban radicalmente el cambio del país no había mucho de ese «hombre nuevo» cuya búsqueda proclamaban. Otros se cansaron de las luchas intestinas que —según se percataron un día— no correspondían a las diferencias ideológicas o estratégicas esgrimidas para encubrir los apetitos en la lucha por el poder, la competencia entre «egos», como apunta Alberto Gonzales. Ambas razones concurrieron a la total desilusión de Fernando Rospigliosi. Fernando Eguren constató que los partidos contestatarios no estaban dispuestos a discutir los problemas que realmente importan. Farid Matuk se encontró con que no había un partido en el cual tuviera sentido invertir más tiempo. Julia Cuadros se sintió, al cabo, fatigada, sin fuerzas para seguir militando. Igual se había sentido Jaime Montoya, unos años antes. En definitiva, Abelardo Oquendo también se reconoció escaldado por la política y los políticos.

Cuando se examinan con cuidado las razones por las que cada quien llegó a una desembocadura similar, se encuentran las limitaciones y miserias de los partidos políticos en el país, que han merecido poca atención sistemática. Sin proponérselo, la indagación efectuada al recoger los testimonios para este libro se asomó al interior de la experiencia política partidaria —particularmente en la izquierda— entre fines de la década de 1960 y fines de la década de 1980. En los pormenorizados sucesos —en algunos casos, dramáticos— de la vida como militante partidario resaltan, de un lado, la desconsideración de la persona y, de otro, la lucha por el poder. En el caso de Vanguardia Revolucionaria —partido que fue visto a comienzos de los años setenta como «la nueva izquierda» en el Perú— esa lucha llegó a ser un germen autodestructivo, productor de divisiones sucesivas, protagonizadas por los adictos al poder a los que se refiere Baltazar Caravedo. Pero la historia de la Democracia Cristiana, en otra escala, no parece ser muy distinta. Y los intentos de constituir «frentes» como ARI e Izquierda Unida, o entidades representativas de las organizaciones sociales del tipo de la Asamblea Nacional Popular, revelan el mismo patrón, según los testimonios recogidos de Cecilia Oviedo, Fernando Rospigliosi y Alberto Gonzales, principalmente. Que esa constante permanece en la segunda década del siglo XXI resulta acreditado por los enfrentamientos desarrollados en el Frente Amplio, reeditando a sus antecesores.

En suma, el compromiso con el cambio del país llevó a la mayoría a la acción política; esta consistió en la construcción partidaria y el esfuerzo desplegado en ella condujo a la decepción. Casi todos concluyeron en que no había un lugar político para luchar por el cambio del país. Villanueva, Montoya, Cuadros, Gonzales y Eguren puntualizan que creen haber encontrado otros lugares para trabajar por ese cambio. Y Fernando Rospigliosi, escéptico frente a cualquier utopía, se reivindica peleador por mejoras que el país requiere.

LA LUCHA ARMADA

La cuestión de la lucha armada no encuentra defensores entre los participantes, salvo Cecilia Oviedo; ella sostiene que, en las condiciones del país bajo la guerra interna, la lucha armada se justificaba. Varios de los participantes argumentan que nunca se plantearon seriamente el tema, aun cuando el discurso oficial de las izquierdas, y de su partido en particular, se refriera ritualmente a la toma de las armas. Que esto se hiciera dentro de la liturgia —y la práctica de auspicios— introducida por la revolución cubana a partir de los años sesenta, se entiende fácilmente. Pero la caída de Salvador Allende en 1973, mediante un sangriento golpe militar patrocinado desde Washington, introduce un detonante y pone en alerta a quienes el ajustado triunfo electoral de la izquierda chilena había hecho creer en el uso de «los resquicios legales» en democracia. Alguien que nunca militó, como Inés Claux, admite el impacto que le produjo el abrupto final de la experiencia socialista chilena: «pensé nuevamente que la revolución, la lucha armada, era necesaria: por las buenas no se podía tomar el poder para cambiar las cosas». Diana Ávila, Paloma Valdeavellano, Fernando Rospigliosi y Cecilia Tovar también se refieren al efecto traumático del golpe militar de Pinochet. Fernando Eguren plantea claramente la incógnita de la resultante falta de una alternativa: si no es por la vía armada, ¿cómo se llega al poder y se lo mantiene?

Cuando buena parte de la izquierda había entrado en el terreno electoral sin renunciar teóricamente al fusil —aunque fuera el de juguete que en la Plaza San Martín esgrimió Horacio Zeballos como candidato presidencial de UNIR en 1980—, apareció la material toma de las armas por Sendero Luminoso y, como dicen varios entrevistados, cambió todo. La amenaza retórica y el ademán figurativo pasaron a ser realidad cuando el grupo maoísta «llevó a la práctica lo que varios grupos habían dicho que iban a hacer», como apunta Cuadros. Las izquierdas se sintieron de pronto atrapadas, según recuerda Eguren, por la contradicción entre discurso y práctica, hasta que los propios partidos de izquierda tuvieron que pagar con muertos y heridos el precio de su incongruencia. Quienes abordan el tema coinciden en que Sendero Luminoso tuvo efectos nefastos. Inés Claux sentencia: «Sendero se encargó de eliminar todo, de eliminar todos los sueños que había». Entre los sueños eliminados estuvo la lucha armada como vía para tomar el poder. El MRTA fue apenas un intento inviable de diferenciar entre violencia buena y violencia mala, como señala Ávila, destinadas igualmente al rechazo social y, en consecuencia, al fracaso. Como Béjar, Ávila puntualiza su desencanto de las armas: «Una conclusión a la que llegué fue quitarle el encanto a la guerra revolucionaria, asumir que la guerra es eso, una guerra, y los ejércitos son muy parecidos».

Sendero hizo mucho daño a una izquierda que, como puntualiza Eguren, no había sabido reflexionar sobre su propia trayectoria. En otras palabras, el mayor daño a los proyectos utópicos no es imputable a quienes tomaron las armas sino que provino de no haber digerido explícita y razonadamente el abandono de la lucha armada. Algo tarde, algunos grupos descubrieron que violencia y autoritarismo están ligados, como reseña Cecilia Tovar. El clima favorable a demandas y reivindicaciones colectivas, a protestas y movilizaciones sociales, en el cual había crecido la izquierda desde fines de los años sesenta, terminó dos décadas después en razón de la violencia senderista y emeretista junto a la parálisis estratégica del resto de la izquierda. La utopía quedó atrás.

CUENTA Y BALANCE

Al pedirles el balance de su adhesión a la utopía, las sumas y restas de todos dan un saldo positivo en términos personales. Incluso aquellos que dieron un giro marcado a sus vidas —como Fernando Rospigliosi, Alberto Gonzales o Baltazar Caravedo— valorizan esa etapa como una de aprendizaje. Los balances en términos políticos son bastante más cautos y solo Fernando Eguren reivindica el papel democratizador jugado por la acción política de izquierdas en el campo.

De cara al presente las afirmaciones cobran un tono más rotundo. Para algunos, la utopía de la revolución no es realizable. Oquendo —que en sus lecturas había advertido que las revoluciones se traicionan, destino que vio repetirse en Cuba— no duda al decir que no es tiempo de utopías; ni de revoluciones, añade Matuk y con él concuerda Rospigliosi. La mejor utopía se pervierte cuando pasa por la gente, sentencia Béjar, y por lo tanto, «no hay solución». Para Tovar, derrotas y fracasos mucho tienen que ver con las miserias humanas. Montoya puntualiza que lo colectivo ha perdido valor y Oquendo anuncia que se ha derrumbado. Eguren oscila entre la advertencia de que las dictaduras más feroces salen de utopías y el reclamo de que una utopía referida a valores es necesaria como referente. Acerca de esto último, Oviedo coincide desde sus propios términos.

Hay otras variantes. En Villanueva no ha desaparecido la rebeldía ni la disposición a trabajar por el cambio, si bien ella la ha trasladado de la actividad política al feminismo. No más utopías, dice Rospigliosi desde su escepticismo, pero sostiene que las cosas pueden mejorar. Brito lo expresa de otro modo: no se puede cambiar todo, pero sí algunas cosas. Montoya se inclina por apoyar las oportunidades de cambios que, en todo caso, son lentos. Gonzales introduce el aditivo de la esperanza y Tovar formula una propuesta conceptual que, al introducir el rasero de lo posible, aparta la utopía para sustituirla por la noción de proyecto histórico, delimitada por aquello que es factible.

Montoya indica que, para él, la idea del cambio social se ha modificado con el aprendizaje de que «no se modela una sociedad como si fuese una escultura». Más expresivamente aún —y haciendo pie en las lecciones forzosamente aprendidas con la experiencia de Sendero y el MRTA—, Cuadros observa que el cambio no puede ser impuesto; especialmente, la forma de pensar no puede ser modificada «a balazos». El consenso, como método fundamental de la democracia y del cambio, es reivindicado por Montoya, Hernández y Vealdeavellano, pero resulta frontalmente impugnado por Matuk.

En el grupo hay, cuando menos, un distanciamiento prudente de los partidos, pero acaso esto se deba a un criterio implícito en la selección de los entrevistados. En muchos —Caravedo, Gonzales, Cuadros, Rospigliosi, Villanueva, Brito, Matuk, Eguren— hubo un alejamiento a partir de la insatisfacción o la decepción. En Hernández, la distancia que siempre guardó parece haberse profundizado desde la comprobación de que en la política «exigencias, reales o imaginarias, hacen que la gente vaya dejando de lado principios que, desde la perspectiva de un individuo, son absolutamente irrenunciables». Oquendo declara: «me interesa cada vez menos la política, en el sentido de intervenir en ella»; en él la distancia casi ha llegado al asco generado por los políticos.

La comunicación de todos estos contenidos trabajosamente adquiridos por la generación de la utopía también es objeto de divergencias y matices. Para Victoria Villanueva, Max Hernández, Baltazar Caravedo y Alberto Gonzales, la comunicación intergeneracional existe, aunque cada uno de ellos se refiere a sectores de interlocución bastante delimitados. Desde la otra orilla, Abelardo Oquendo ve a los jóvenes centrados en lo personal. Para Héctor Béjar lo colectivo ha perdido valor entre los jóvenes. Inés Claux lamenta encontrar en la universidad una juventud encandilada por asuntos que poco tienen que ver con el cambio del país. Para Cecilia Oviedo, la mayoría de los jóvenes están guiados por el 'cuánto tengo, cuánto valgo'. En la misma vena, Julia Cuadros detecta como una falla de la generación de la utopía no haber logrado que las generaciones jóvenes se interesen en «pensar otro tipo de país, de sociedad». En otra dirección se pronuncian Villanueva, Ávila y Tovar, que creen encontrar intereses significativos en determinados jóvenes. Cecilia Tovar considera que: «Los jóvenes sí se movilizan cuando se necesita», desde una preocupación por asuntos ambientales y ciertos derechos. Asimismo, Diana Ávila identifica grupos de jóvenes contestatarios.

Casi todos los entrevistados manifiestan alguna forma de esperanza. Incluso Oquendo —cuyos juicios tienen mucho de desaliento— y Béjar, que desde la realidad cotidiana del Perú dice sentir que «como país empieza a desaparecer». Él hace explícito que supera esas sensaciones mediante un acto de voluntarismo. Quizá no solo él recurre a la voluntad para fundar la esperanza.

Una observación algo marginal para concluir estas notas. Es marginal porque no corresponde al tema central del libro y, sin embargo, al concluir la lectura resulta casi ineludible. Al repasar en unas páginas las trayectorias personales de varias décadas sorprende qué poco planificadas fueron estas vidas, que dan giros a golpes de azar o según circunstancias en las que los protagonistas parecen inclinarse por la opción que se les ofrece, sin haberla construido ellos mismos. No obstante, en el relato personal cada sustancial paso dado se presenta a menudo como si su motivación fuera obvia. De esa forma, cambios de estudios, de país, de ocupación y de militancia se suceden sin obedecer a un plan preestablecido ni a una estrategia general de vida. Quizá en algunos es más notorio que en otros, pero en la mayoría las eventualidades predominan sobre los grandes propósitos consciente y formalmente adoptados. Constatar esa realidad, por evidente que sea, no deja de impresionar, probablemente debido a que nos dice algo sobre nosotros mismos.